

BALMACEDA
ARTE JOVEN





JARDIN DEL EDEN JARDIN DEL EDEN

JARDIN DEL EDEN

JARDIN DEL EDEN JARDIN DEL EDEN

JARDIN DEL EDEN

¡OJO!
K'782
3 2226
10 17 13
8 18 100
100782
1007 8 6
178

CHICAGO

EM

NIKE

Editorial:

Escritores encontrados en un taller de Balmaceda Arte Joven, creamos esta publicación para escucharnos, pero más que nada, para defendernos. Defender nuestra voz, nuestro género, nuestras calles, nuestra familia, nuestra comida. Disconformes, inquietos y utilizando las palabras y las letras como la única manera para expresar lo realmente genuino, esta revista viene a llenar ese vacío.

Quince cuentos son los que conforman las páginas de una publicación que pretende eso: ser leída. Porque son las palabras y las letras las que encontramos como punto en común y de partida para un cambio. Ese que se pide dentro y fuera de nosotros. Ese que nos quita el pan, nuestra familia, nos hace detestarnos y nos ladra para que volvamos a entrar.

Y fue compartiendo nuestros escritos sobre el cuerpo, el hambre, habitar, o arder, que nos dimos cuenta de una cosa: la culpa es del sistema, la culpa es de Piñera, la culpa no es pasajera. Ese sistema que reprime al más necesitado y acapara las oportunidades para unos pocos. Mientras, nosotros, los otros, damos un paso adelante y tomamos lo que es nuestro, la voz y las palabras que nos fueron arrebatadas y reemplazadas por productos de mercado.

Estos escritos vienen a encontrarse con lo que somos, no solamente desde la institucionalidad, sino desde esa silueta frente y detrás de esa cortina llamada Chile.

Instagram: [@jardindeledencl](https://www.instagram.com/jardindeledencl)

Índice

Alonso	-	Desayunos	familiares	6
Juan	-	Pati	pelaos	9
Len	-	Cadencia	es sinónimo de	simetría 12
Ignacia	-	Asiento	ventana	15
Andrea	-	Patitas	de barro	18
Carlos	M	-	Provincia	satélite 21
Sofia	-	Limite	excedido	25
Isidora	-	Mujer	no borrada	28
Carlos	C	-	Cápsula	de crisis 31
Maira	-	La	primera	piedra 34
Oscar	-	Putas,	maraca,	pero nunca paca 37
Gabriela	-	Estrellas	desaparecidas	41
Arinka	-	Cariño	de quiltro	45
Danitza	-	ARITMOMANÍA		48
Liam	-	Chile		51

Desayunos Familiares

Eso papito, sácatelo el pantalón, o ya bueno, la polera, la idea es que te saques todo. Tienes que bañarte. Tienes que desvestirte, para que te bañes. Eso, ese mismo, sácatelo. **No, no** te lo pongas, lo estamos sacando para que puedas meterte a la ducha papito, pero papito tranquilo, estamos bien, dime, ¿qué pasa? **Ay es** que no sé, me voy a **cagar**, me voy a hacer caca. No papito tranquilo, yo te estoy ayudando, hágame caso no más y sáquese el pantalón. Eso mismo, ahora pásamelo, lo voy a dejar aquí. **Aquí** aquí aquí. Ahora papito, el bóxer, sáquese el bóxer y lo dejamos con el pantalón. **Ay**, es que me voy a hacer caca, **¡ay!**. Tranquilo, si usted puede aguantar, a usted le da miedo, pero puede aguantar, eso buenísimo, ahora siéntese, eso y tranquilo no más, haga caquita, aquí tiene confort, aquí está el basurero, preocúpese de limpiarse bien, ¿ya? Lo dejo solo para que se relaje.

Mamá, voy a tomar desayuno, me avisas cualquier cosa. Gracias hijito. **Aaaay!** ¡Qué pasó papá! **Por la conchetumadre, puta la wea**, ya tranquilo, espera, **espera, ino!** No dejes el papel ahí, tranquilo, abre el basurero con tu pie, eso, y deja el papel dentro, bien, tranquilo, ahora párate un poquito, después te sigues limpiando, párate. Ahora lavémonos las manos, eso. Cierre bien la llave, bien, ahora siéntate y sigue limpiándote, ¿bueno? Vas bien, tranquilo, pero papito, tranquilo, no, no llore, dígame qué pasa, si yo lo estoy ayudando. **¡¿Qué pasó?! ¡Mi amor! ¡¿Qué pasó?! Ay** mamá, puta, relájate poh, si ya es difícil así, contrólate. El papá se manchó las manos mientras se limpiaba. **Ay**, pero mi Arturito, saque más confort no más. Ya mamá, déjame a mí, sale no más, yo le ayudo.

Ya papito sigamos, tranquilo, cuénteme; ¿qué le pasa?, tranquilo, ¿puedo abrazarlo? Quédese ahí sentado no más, si a mí me da lo mismo abrazarlo ahí. **Ya, sigamos**, apurémonos que **está** más helado que coco de pingüino. ¿Ve? Es más fácil si nos reimos. Saque confort, más, más, más, ahí, corte ahí. Eso. Ahora límpiese, bien, no, no lo deje ahí, abra el basurero con su pie

y échelo ahí, eso sigue así, vas bien. Es que, es que, miedo, me da miedo. ¿Qué te da miedo?. Hago **mucha caca**, me hago **mucha** caca. Pero papito, todos hacemos caca, vierai' cuanta caca hago yo, si que tranquilo. No, no se toque la psoriasis que se le activa, siga limpiándose, ya te queda poco, Vas bien, sigue no más, yo voy a ir a tomar desayuno, ¿ya? Siga así tranquilo y con calma, yo voy a estar atento, lávese las manos después, ¿bueno? Aquí le dejo el jabón.

Ay mamita, tranquila, sabemos que esta **wea** es así, tenemos que apoyarnos, también es difícil para mí, pero hay que aceptarlo, esto seguirá avanzando, tranquila, voy a ir a tomar desayuno ¿bueno? Gracias hijo de mi alma, no sé qué haría sin ti. De nada mamá, ya voy.
Por la conchetumadre enfermedad reculia

Alonso Alvarado





Pati pelaos

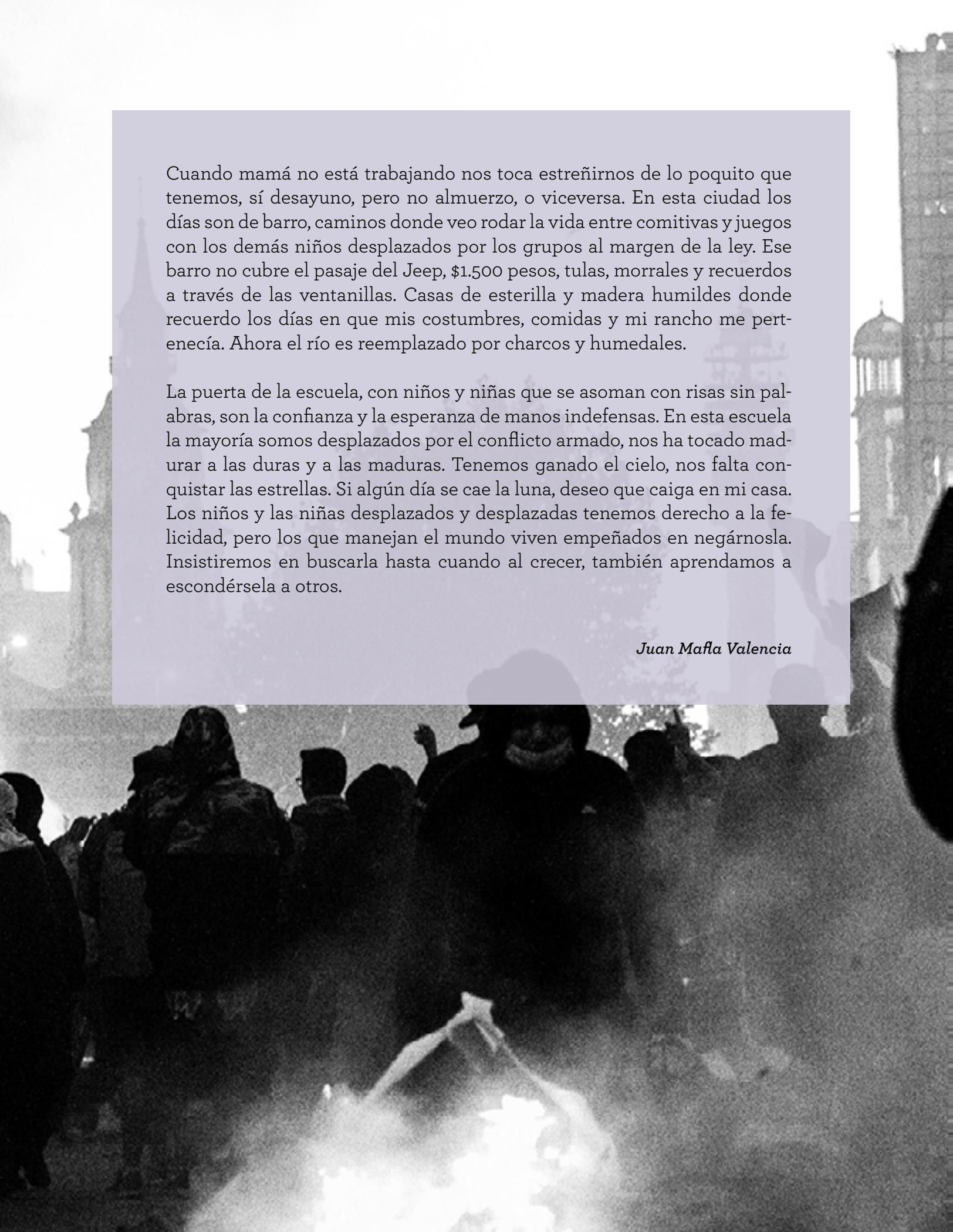
Como era de costumbre, cada tres días mi mamá lavaba la ropa en el río y junto a ella siempre estaba yo... Una tarde, cuando el sol caía entre las copas de maceo, me senté de sopetón en la orilla del río mientras mi mamá extendía la ropa en la cabuya amarrada a dos palos de nacedero. A lo lejos, contemplaba la constancia y el insoportable esfuerzo de los pescadores al tirar la atarraya.

De regreso a casa, cogimos chontaduros, estaban rojitos de lo maduros. Mi mamá rajó unos palos de leña con la tachuela que heredó de mi abuelo Celimo, los puso debajo de la hornilla y encima montó la olla y los echó a hervir. En el patio de la casa ladraban los perros, fuertes pasos se acercaban a la puerta. De repente, tocaron de una forma muy agresiva, casi tumbándola, “¡TOC-TOC!” mi corazón latía a mil por segundo. Arrojaron un panfleto por la rendija de la puerta que decía: “Abandone nuestras tierras, tiene 24 horas para recoger lo que pueda y largarse de una vez por todas, de lo contrario será declarado objetivo militar”.

izhiii, zhii, zhii! El agua de la olla se derramaba encima de la hornilla caliente, los chontaduros ya habían hervido. Mamá con lágrimas en los ojos los peló, les roció miel y sal encima; me pasó un platao.

Al día siguiente... sí, al día siguiente, agarramos las maletas emprendiendo un rumbo incierto, pati pelaos junto a muchos vecinos del pueblo. Trocha arriba miré al pueblo y sentí que nos decía desgarradoras palabras. “No se vayan que los lloro yo, se van, se van, que los lloro yo” con voz sutil, solemne...

Después de dos días de peregrinar y con el barro hasta las rodillas, llegamos a una ciudad llamada miranda. Nos instalamos en la casa de una señora que conocía mi mamá de una revueltería, y esta señora nos dió la mano por un determinado tiempo. De ahí nos fuimos a vivir a un campamento a las afueras de la ciudad.



Cuando mamá no está trabajando nos toca estreñirnos de lo poquito que tenemos, sí desayuno, pero no almuerzo, o viceversa. En esta ciudad los días son de barro, caminos donde veo rodar la vida entre comitivas y juegos con los demás niños desplazados por los grupos al margen de la ley. Ese barro no cubre el pasaje del Jeep, \$1.500 pesos, tulas, morrales y recuerdos a través de las ventanillas. Casas de esterilla y madera humildes donde recuerdo los días en que mis costumbres, comidas y mi rancho me pertenecía. Ahora el río es reemplazado por charcos y humedales.

La puerta de la escuela, con niños y niñas que se asoman con risas sin palabras, son la confianza y la esperanza de manos indefensas. En esta escuela la mayoría somos desplazados por el conflicto armado, nos ha tocado madurar a las duras y a las maduras. Tenemos ganado el cielo, nos falta conquistar las estrellas. Si algún día se cae la luna, deseo que caiga en mi casa. Los niños y las niñas desplazados y desplazadas tenemos derecho a la felicidad, pero los que manejan el mundo viven empeñados en negárnosla. Insistiremos en buscarla hasta cuando al crecer, también aprendamos a escondérsela a otros.

Juan Mafla Valencia

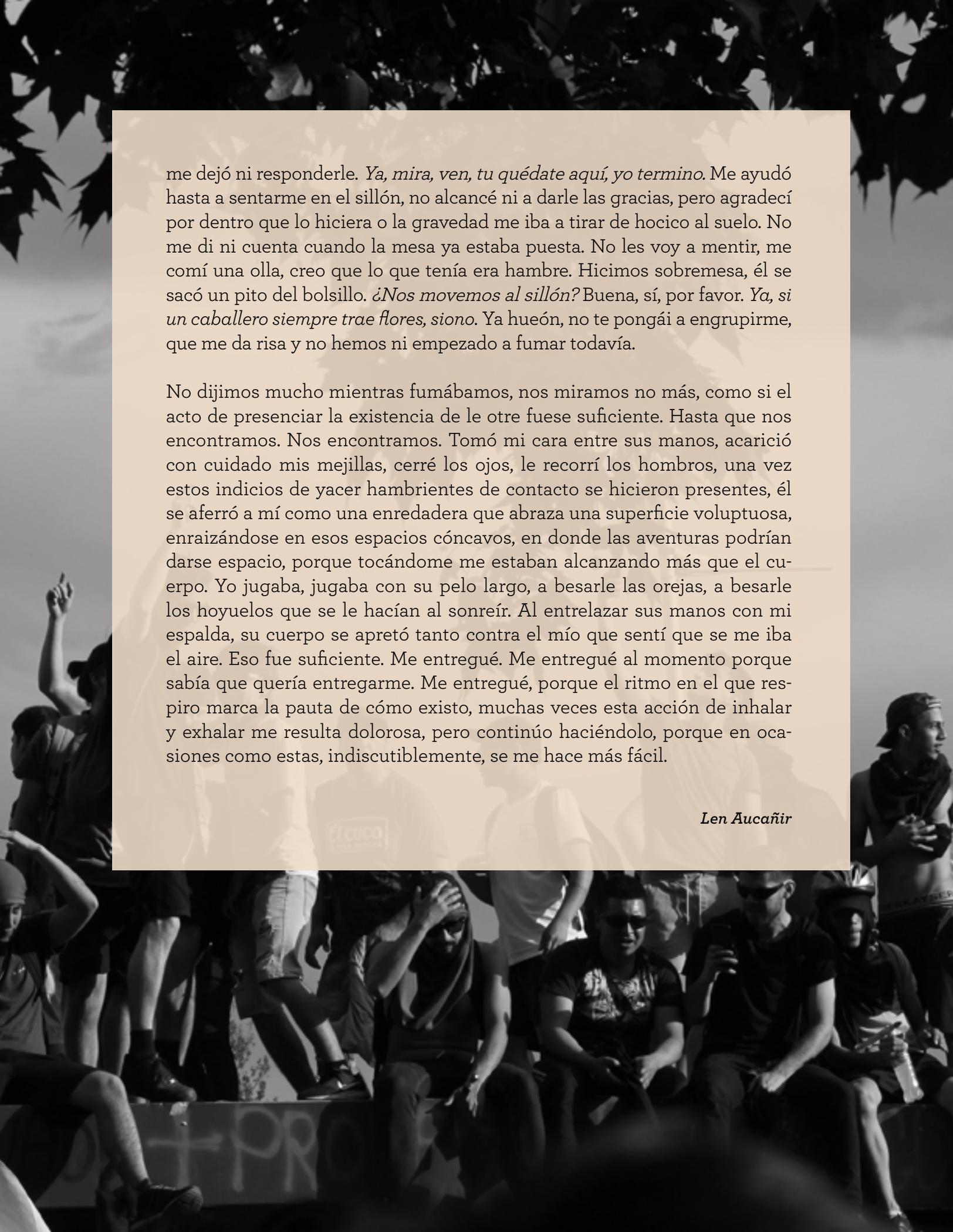


Cadencia es sinónimo de simetría

No pude conciliar el sueño de nuevo una vez que desperté, así que abrí la ventana de mi pieza, estreché el cuerpo y abracé los rayos primerizos del día, sintiendo ese calorcito, me di cuenta de que me estaba lastimando al estar de pie sin soporte. Agarré las muletas. Día difícil. Sabía que luego del cambio de casa me iba a quedar maltrecho, por lo mismo, convenientemente, tenía el fin de semana. Me moví a la cocina, puse a hacerse el café y mientras tanto, revisé la lista de cosas por hacer de la mañana: lavarme los dientes, desayunar, asearme, cepillarme el pelo y si me quedaba energía, estirar la cama y ordenar los apuntes de la pega. Logré cuatro de seis. Muy bien. Antes de caerle en el sillón, fui a cachar si mi amigo quería café recién hecho, pero ya había salido, así que seguí con lo mío a solas, desayunar y luego, acurrucarme en una frazada tal como si fuese un niño envuelto.

Cuando me recuperé un poco, iba a darle con leer algo piola, hasta que vi que tenía unos mensajes de un número desconocido. Era el vecino del tercero, me estaba invitando a almorzar, le dije que sí, si pa' qué le iba a decir que no, podía a las dos siempre que no saliéramos y si me apañaba con los ingredientes, yo me ponía con la casa. Me demoré como casi dos horas, pero me tenía que arreglar, total, la energía que me iba a gastar en la ducha me la iban a ayudar con hacer el almuerzo. Agua hirviendo y sal. Me vestí. Me puse ese bálsamo labial que tanto me gustaba con sabor a algodón de azúcar. Estaba tratando dificultosamente de recoger el encrepador de pestañas cuando golpearon. Me miré en el reflejo en el espejo del living, respiré hondo y abrí.

Hola, ¿Cómo estái? Que rico verte. Me tocó el hombro. Le asentí con la cabeza. Pasa, adelante, ¿Cocinamos? Cerré la puerta. Tenís hambre. Me miró con cara de signo de interrogación. Sí, ¿Y tú? Sí, too' el rato. Estábamos preparando papas fritas con seitán y unas ensaladas de betarraga y lechuga. Me alegré tanto de que me estuviesen ayudando a cocinar y sobretodo, por las papas fritas, que hasta me tuve que secar un ojo con la manga. Oye, ¿Te sentís bien? Es que hace rato te veo y estái cada vez más como papel. No



me dejó ni responderle. *Ya, mira, ven, tu quédate aquí, yo termino.* Me ayudó hasta a sentarme en el sillón, no alcancé ni a darle las gracias, pero agradecí por dentro que lo hiciera o la gravedad me iba a tirar de hocico al suelo. No me di ni cuenta cuando la mesa ya estaba puesta. No les voy a mentir, me comí una olla, creo que lo que tenía era hambre. Hicimos sobremesa, él se sacó un pito del bolsillo. *¿Nos movemos al sillón?* Buena, sí, por favor. *Ya, si un caballero siempre trae flores, siono.* Ya hueón, no te pongái a engrupirme, que me da risa y no hemos ni empezado a fumar todavía.

No dijimos mucho mientras fumábamos, nos miramos no más, como si el acto de presenciar la existencia de le otre fuese suficiente. Hasta que nos encontramos. Nos encontramos. Tomó mi cara entre sus manos, acarició con cuidado mis mejillas, cerré los ojos, le recorrí los hombros, una vez estos indicios de yacer hambrientos de contacto se hicieron presentes, él se aferró a mí como una enredadera que abraza una superficie voluptuosa, enraizándose en esos espacios cóncavos, en donde las aventuras podrían darse espacio, porque tocándome me estaban alcanzando más que el cuerpo. Yo jugaba, jugaba con su pelo largo, a besarle las orejas, a besarle los hoyuelos que se le hacían al sonreír. Al entrelazar sus manos con mi espalda, su cuerpo se apretó tanto contra el mío que sentí que se me iba el aire. Eso fue suficiente. Me entregué. Me entregué al momento porque sabía que quería entregarme. Me entregué, porque el ritmo en el que respiro marca la pauta de cómo existo, muchas veces esta acción de inhalar y exhalar me resulta dolorosa, pero continúo haciéndolo, porque en ocasiones como estas, indiscutiblemente, se me hace más fácil.

Len Aucañir



Asiento ventana

Tomé el asiento de la ventana. Nunca lo hago porque me da miedo no tener la posibilidad de escapar cuando sea necesario. Pero la señora que lo había deshabitado hace unos segundos para bajarse en el siguiente paradero, y su mirada de “yapo, córrete para la ventana” me obligó. No me gusta ser juzgada o tomada como mala persona. Aún me importa lo que piensen los demás de mí. Así que le hice caso a esa mirada, con la que me pasé, lamentablemente, más de un rollo.

En el siguiente paradero se subió él. Tomó el asiento al lado mío, el del pasillo, y se me pegó. Su brazo me tocaba y su pierna presionaba ambas mías contra la pared hirviendo de la micro. Su cabeza se metió en el libro que estaba leyendo y empezó a decir frases en voz alta. Que tuviera audífonos puestos no le importó y mis anteojos de sol y cuerpo alejándose, tampoco.

“Y en su insomnio escribió...”. Su olor me daba ganas de cambiarme de puesto. Pero no quería levantar sospechas o parecer paranoica. Mientras, la micro se alejaba más y más de la civilización.

Se bajó la señora con las dos bolsas reutilizables del Líder en el siguiente paradero, y quedamos tres. El tercero era un señor al principio de la micro. Al frente de la puerta y sentado sobre una enorme y gris caja de herramientas. Con un jockey, mascando chicle y manos descansando entre sus piernas, de seguro no me ayudaría si tuviera la oportunidad.

“¿Tiene hora, señorita?”, me dijo su boca ya a tres centímetros de la mía, con olor a cerveza. Eran las nueve de la mañana. Y yo me sentía completamente arrepentida de haber elegido ese vestido con escotes en las piernas. Uno en cada lado. Fingí no escucharlo, tenía audífonos, pero no música. Me gustaba ponérmelos en los oídos y aislarme de todo para poder leer. Pero cualquier canción me desconcentraba, así que los dejaba en silencio. Ahora cumplían una segunda función: ayudarme a ignorar a este sujeto.

Era flaco, moreno, encorvado y tenía pelos largos y negros saliendo de su nariz. Le llegaban hasta la boca. Lo miré solo una vez a los ojos. Oscuros y profundos, que parecían no tener pupila ni iris. Eran todo de un solo color.

Miré por la ventana y vi que quedaban solo cinco paraderos para bajarme. Mi parada era lejana a cualquier negocio, persona o edificio. Cercana a nada. Con un terreno baldío de

pura tierra, y un siguiente paradero a veinte minutos caminando.

Sus piernas vestidas con jeans en tono gris y rotos en la rodilla me empujaban cada vez más contra la pared. Y su cabeza se inclinaba dos centímetros hacia la mía, con cada frenada.

“¿Dónde se baja señorita?”, su aliento me volvió a revolver la guata y mi corazón se aceleró. Mis ojos ya no procesaban lo que leía y avanzaba páginas y páginas sin poner atención.

Quedaban dos paraderos para bajarme y escuché el timbre. Era el hombre de la caja de herramientas. Se abrieron las puertas y se tomó su tiempo para bajar. El chofer las mantuvo de par en par sin importarle la demora. Mientras, él se ponía de pie, tomaba su bolso y se lo cruzaba sobre el hombro izquierdo. Comenzó a empujar su caja con movimientos separados, mientras respiraba profundo.

“¿Qué está leyendo?”, ya no podía seguir fingiendo. Su mano estaba a un paso de quitarme uno de mis audífonos de la oreja. Cerré el libro y él se enderezó. Me puse mi bolso sobre mi hombro y me paré. El hombre de la caja de herramientas ya estaba con la mitad de ella fuera de la micro.

“Permiso”, pero su cuerpo no se movía, y su cara miraba estoicamente hacia el frente. Adelanté mi pie derecho intentando indicarle que quería irme. Y repetí la única frase que le dije, un poco más alto. Pero su cuerpo seguía ahí. No quería que mis piernas rozaran las suyas ni que mi espalda pasara delante de su cara. La caja de herramientas estaba cerca de desaparecer del otro lado de la puerta de la micro, y con ella mi oportunidad. Empujé sus piernas con un movimiento suave y determinado, hacia el pasillo, y su cuerpo se movió casi lo suficiente. Mi poto se vio obligado a tocar sus rodillas y mi torso pasar frente a sus ojos, con vergüenza. Pero mi cabeza intentaba convencerse de que, si mi cuerpo hubiese estado al revés, habría sido igual.

Mi frente se pegó con el fierro del pasamanos y mi mirada se nubló. Toqué de nuevo el timbre, y grité “¡puerta!”, para que no la cerraran. Pegué un salto hacia afuera y no miré atrás.

El señor de la caja de herramientas se había sentado nuevamente sobre ella esperando su siguiente micro. El único ser humano en diez kilómetros a la redonda. Yo ahora tenía que caminar treinta minutos, pero estaba viva.

Ignacia Godoy



Patitas de barro

Sostengo sus piecitos fríos con mis manos partidas y los nudillos rojos. En vano, intentando que el viento no se cuele y lo resfríe. Él, tan pequeño y delicado, recién llegó al mundo y ya está llorando. Solo puedo ofrecerle de abrigo mis brazos lánguidos y golpeados, pero nunca son suficiente.

Aquí, en ellos está la única razón por la que podría combatir la miseria con la que nací infestada. Pero por más que lo aferre, no me pertenece. Aunque yo sea quien lo protege del frío y de la lluvia, sigues sin pertenecerme. Pero, oh, tranquilo, mi cielo, yo también le pertenezco a él. Sé que juntos podremos liberarnos de sus cadenas de papel y escapar de la desdicha que lo corrompe. Veo en tus pequeños ojos el reflejo del calvario que se avecina. Siempre ahí, acechando, esperando... absorbiendo. A ratos se da descanso, pero nunca desaparece. No importa cuánto rece o cuánto busque esconderme, siempre llega, se queda y te consume.

Mi niño, busquemos refugio esta noche, que las pisadas ya dadas no son seguras. Y perdón si voy caminando lento por la calle vacía, embarrada y eterna, pero aquí el no ser noble te priva del calor, la comida e incluso quebranta tu alma. Vida mía, perdóname que mis brazos no te cubran más, pero al menos mi espalda encorvada recibió por ti las indolencias de los perros. Oh, mi bebé, que sepas que todo mi cuerpo es tu escudo y mi amor tu espada.

Esperemos que el velo nocturno que nos rodea nos proteja de ser encontrados y los pocos testigos guarden silencio a las bestias. Oh, pequeño, no grites, no, que te pueden escuchar y no quiero que te lleven de mis brazos. Mejor pensemos en el mañana, en lo lindo que se verá el cielo y lo brillosos que se verán tus ricitos a la luz del sol. Dame la felicidad de sonreír los días por venir porque aún no padeces mis necesidades, salvo la de mi cariño.

Olvidemos este sendero de los marginados, donde ni siquiera somos dignos de caminar con las suelas limpias, y construyamos con nuestros pasos esa dicha ficticia de la que solo unos pocos forman parte porque ya estoy cansa-

da de recorrer lo mismo y de estar imposibilitada de ir más allá. De que, así como ahora, la gente vea sus zapatos para solo rehuir mi mirada. Aunque no debería sorprenderme, pues crecí entre el rechazo de los que sí tienen. No me evitan porque vaya caminando ahora contigo en mis brazos en la gélida noche, no; me evitan desde mucho antes por mis prendas gastadas, mi pelo enmarañado y mi piel seca. Y podría jurar que fueron ellos mismos quienes llamaron a los perros para dejarnos sin techo, pero aún quiero creer en la bondad y que caminando encontraré algún rumbo.

Mi niño, lamento que haga frío, pero esta noche no hay lugar al que ir. Y no te puedo prometer que lo vaya a haber, pero sé que juntos ya somos nuestro propio techo. Disculpa no haber sabido más antes, o incluso ahora. Perdona que nuestra casa de naipes no pudiera resistir el rugido abrasador de los ojos que no ven y, sobre todas las cosas, perdóname no haber tenido fuerzas más que para recibir golpes y echar a correr. Eso nos pasa por ser personas de papel; pliegos y pliegos de molestias para quienes viven confinados al otro lado de la calle, a pesar de que no existimos. ¡Qué descaró! Oh, shh, mi niño, no quise alterarme. Perdón. Nosotros no somos nada de eso, ni nuestros vecinos eran nada de eso. Y tú tampoco lo serás, porque eres perfecto. Mira tus manitos, tus bracitos, tan pequeñitos aún. Hoy podemos dormir bajo este alero. Mañana encontraremos algo más, porque mañana el sol brilla, y si el sol brilla, nada malo puede pasar.

Mi niño está frío. Mi niño ya no llora.

Andrea González



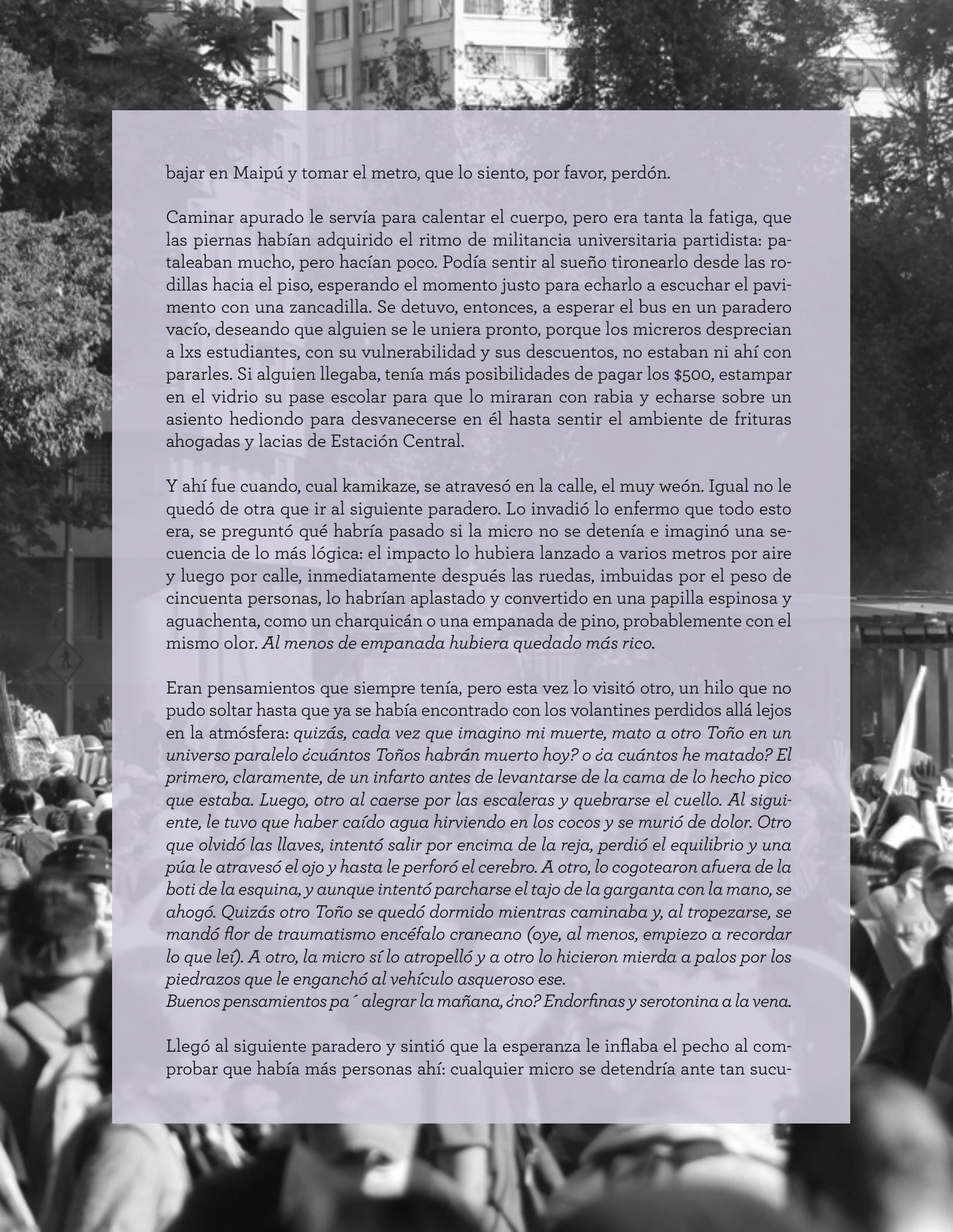
Provincia Satélite

A los veinte minutos de espera vio al acorazado asomarse por la esquina, con sus débiles luces delanteras atravesando la neblina y el ruido de un motor alimentado por el sufrimiento de una provincia que debía desplazarse diariamente a otra para hacer su vida. Seguía solo en el paradero y el tiempo lo apretaba tanto como corbata escolar, así que el Toño decidió tomar medidas drásticas: se puso en la mitad de la calle, con el brazo y el pináculo que era su dedo índice estirados, como si extenderlo fuera a activar un botón mágico e invisible que frenara al vehículo y le abriera las puertas hasta la sala a cuarenta kilómetros de distancia. Fijó la mirada de muerte en el parabrisas cubierto de vapor, justo donde debían estar los ojos del chofer. No se movió ni siquiera cuando la mole metálica lo invadió con sus bocinazos oxidados. Fue la micro, con un frenazo y derrape tipo *bollywood*, la que tuvo que esquivar al loco para seguir su camino al matadero. El chofer le sacó un hoyo ´ por la ventanilla y los piedrazos del Toño le rompieron el espejo y una de las luces de atrás. *Por weón, ¿acaso no tendrán hijxs que estudien? son como la mierda.*

Eran las 4am y un gigante dejó todo sumergido con su bostezo de horno. El Toño, que no pudo pegar ni un ojo en la noche, salió tambaleando de la casa, con los codos pegados a la cintura y cagao ´ de frío. Quiso recordar lo que había leído a la rápida, pero la mente sólo le alcanzaba para dejar de temblar. *Nononono, que estos sapos del pasaje van a decir que camino convulsionando y cómo me irán a mirar.*

La vida en una provincia satélite era igual para casi toda su población, hay que irse antes de que salga el sol, tomar un bus hacia la capital, meterse a algún lado y, al volver, todo sigue en ciega penumbra. Quizás a algunxs le sirva para descansar la vista, pero para el Toño y tantos más, la vuelta sólo significaba otra comida a la carrera, otra noche tragando letras agrias para después vomitarlas sobre un papel desechable. Lxs que tienen suerte, pueden meterse a la cama por un par de horas, hasta que el despertador les haga repetir el día anterior. Lxs que no ... bueno, por eso el mismo lugar puede llamarse “provincia satélite” o “provincia dormitorio”.

Cada vez que tenía que cumplir sí o sí, debía salir varias horas antes, a pesar del agotamiento hormigueante que eso produjera. Porque las carreteras huelen el miedo e, intencionalmente, estrechan sus caminos por el goce de oír los latidos crocantes de un taco y las llamadas desesperadas pidiendo que alguien, por favor, avisen, que disculpen, que esperen, que no los echen del trabajo, que se pueden



bajar en Maipú y tomar el metro, que lo siento, por favor, perdón.

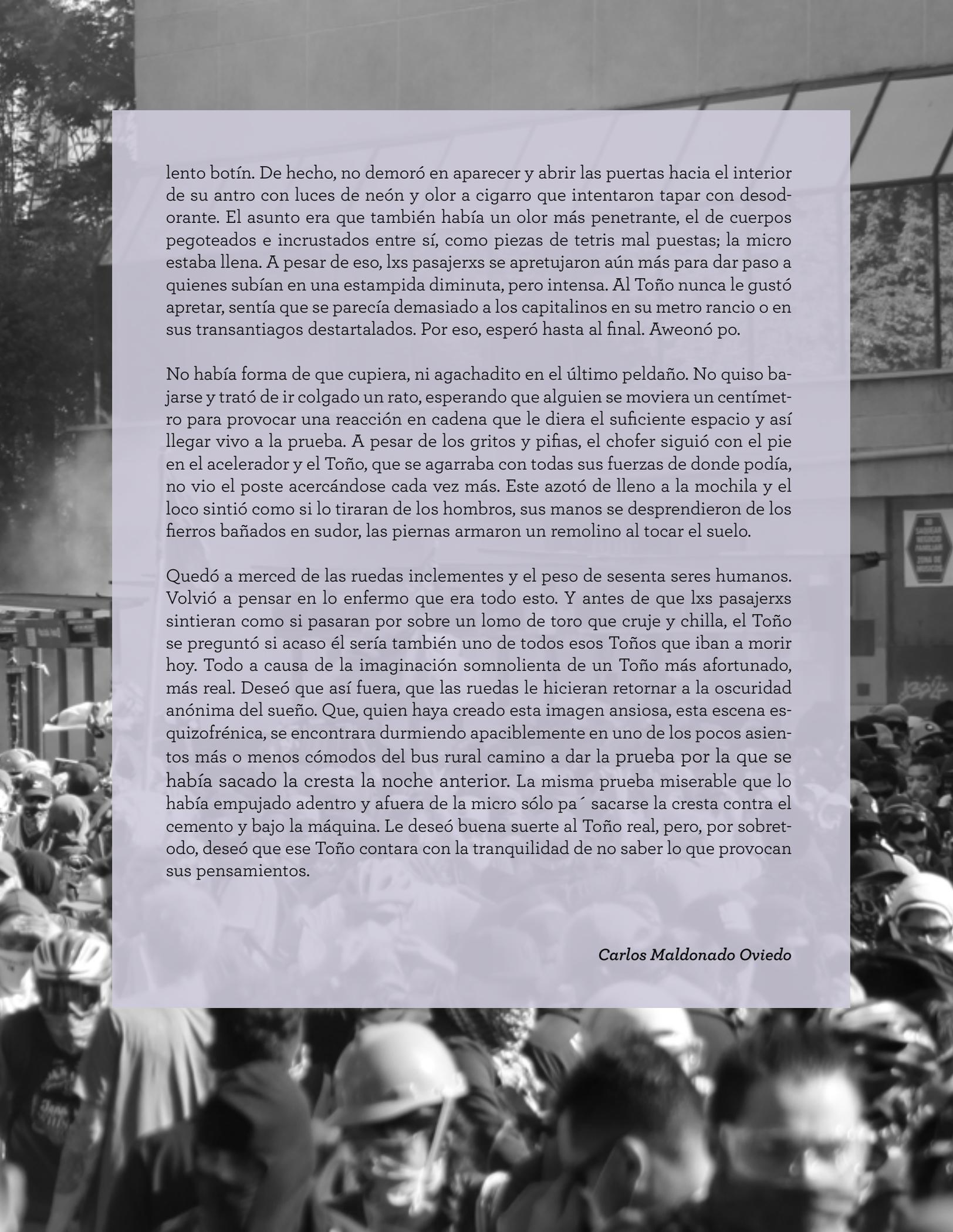
Caminar apurado le servía para calentar el cuerpo, pero era tanta la fatiga, que las piernas habían adquirido el ritmo de militancia universitaria partidista: pataleaban mucho, pero hacían poco. Podía sentir al sueño tironearlo desde las rodillas hacia el piso, esperando el momento justo para echarlo a escuchar el pavimento con una zancadilla. Se detuvo, entonces, a esperar el bus en un paradero vacío, deseando que alguien se le uniera pronto, porque los micreros desprecian a lxs estudiantes, con su vulnerabilidad y sus descuentos, no estaban ni ahí con pararles. Si alguien llegaba, tenía más posibilidades de pagar los \$500, estampar en el vidrio su pase escolar para que lo miraran con rabia y echarse sobre un asiento hediondo para desvanecerse en él hasta sentir el ambiente de frituras ahogadas y lacias de Estación Central.

Y ahí fue cuando, cual kamikaze, se atravesó en la calle, el muy weón. Igual no le quedó de otra que ir al siguiente paradero. Lo invadió lo enfermo que todo esto era, se preguntó qué habría pasado si la micro no se detenía e imaginó una secuencia de lo más lógica: el impacto lo hubiera lanzado a varios metros por aire y luego por calle, inmediatamente después las ruedas, imbuidas por el peso de cincuenta personas, lo habrían aplastado y convertido en una papilla espinosa y aguachenta, como un charquicán o una empanada de pino, probablemente con el mismo olor. *Al menos de empanada hubiera quedado más rico.*

Eran pensamientos que siempre tenía, pero esta vez lo visitó otro, un hilo que no pudo soltar hasta que ya se había encontrado con los volantines perdidos allá lejos en la atmósfera: *quizás, cada vez que imagino mi muerte, mato a otro Toño en un universo paralelo ¿cuántos Toños habrán muerto hoy? o ¿a cuántos he matado? El primero, claramente, de un infarto antes de levantarse de la cama de lo hecho pico que estaba. Luego, otro al caerse por las escaleras y quebrarse el cuello. Al siguiente, le tuvo que haber caído agua hirviendo en los cocos y se murió de dolor. Otro que olvidó las llaves, intentó salir por encima de la reja, perdió el equilibrio y una púa le atravesó el ojo y hasta le perforó el cerebro. A otro, lo cogotearon afuera de la boti de la esquina, y aunque intentó parcharse el tajo de la garganta con la mano, se ahogó. Quizás otro Toño se quedó dormido mientras caminaba y, al tropezarse, se mandó flor de traumatismo encéfalo craneano (oye, al menos, empiezo a recordar lo que leí). A otro, la micro sí lo atropelló y a otro lo hicieron mierda a palos por los piedrazos que le engancho al vehículo asqueroso ese.*

Buenos pensamientos pa' alegrar la mañana, ¿no? Endorfinas y serotonina a la vena.

Llegó al siguiente paradero y sintió que la esperanza le inflaba el pecho al comprobar que había más personas ahí: cualquier micro se detendría ante tan sucu-



lento botín. De hecho, no demoró en aparecer y abrir las puertas hacia el interior de su antro con luces de neón y olor a cigarro que intentaron tapar con desodorante. El asunto era que también había un olor más penetrante, el de cuerpos pegoteados e incrustados entre sí, como piezas de tetris mal puestas; la micro estaba llena. A pesar de eso, lxs pasajerxs se apretujaron aún más para dar paso a quienes subían en una estampida diminuta, pero intensa. Al Toño nunca le gustó apretar, sentía que se parecía demasiado a los capitalinos en su metro rancio o en sus transantiagoos destartalados. Por eso, esperó hasta al final. Aweonó po.

No había forma de que cupiera, ni agachadito en el último peldaño. No quiso bajarse y trató de ir colgado un rato, esperando que alguien se moviera un centímetro para provocar una reacción en cadena que le diera el suficiente espacio y así llegar vivo a la prueba. A pesar de los gritos y pifias, el chofer siguió con el pie en el acelerador y el Toño, que se agarraba con todas sus fuerzas de donde podía, no vio el poste acercándose cada vez más. Este azotó de lleno a la mochila y el loco sintió como si lo tiraran de los hombros, sus manos se desprendieron de los fierros bañados en sudor, las piernas armaron un remolino al tocar el suelo.

Quedó a merced de las ruedas inclementes y el peso de sesenta seres humanos. Volvió a pensar en lo enfermo que era todo esto. Y antes de que lxs pasajerxs sintieran como si pasaran por sobre un lomo de toro que cruje y chilla, el Toño se preguntó si acaso él sería también uno de todos esos Toños que iban a morir hoy. Todo a causa de la imaginación somnolienta de un Toño más afortunado, más real. Deseó que así fuera, que las ruedas le hicieran retornar a la oscuridad anónima del sueño. Que, quien haya creado esta imagen ansiosa, esta escena esquizofrénica, se encontrara durmiendo apaciblemente en uno de los pocos asientos más o menos cómodos del bus rural camino a dar la prueba por la que se había sacado la cresta la noche anterior. La misma prueba miserable que lo había empujado adentro y afuera de la micro sólo pa´ sacarse la cresta contra el cemento y bajo la máquina. Le deseó buena suerte al Toño real, pero, por sobretodo, deseó que ese Toño contara con la tranquilidad de no saber lo que provocan sus pensamientos.

Carlos Maldonado Oviedo



—Límite excedido —dijo la mujer. Yo la miré con la cara roja, entre deseando que me estuviera webeando y consciente de que ella no era de las que se reían.

La mirada azucarada y la voz de un tonito más aguda, habían desaparecido, ya no me trataba de “mi reina” y cada cierto tiempo me miraba con aires asquientos y despectivos. Debe estar insultándome, pensando en cómo una pendeja de mierda la hizo perder el tiempo, que pa qué vienen si no compran, y que cómo no iba a saber que no tenía plata en la cagá de cuenta rut.

—Chuta...—respondí recibiendo la tarjeta —A veces se ensucia el chip —excusa culiá penca, mírale la cara de amargá, está clara que no tengo plata —, igual quite los calcetines por si acaso.

Ya, ahí debería dar, si po, sí, sí confirmé el saldo antes de venir, fea, pero no weona, hoy voy a salir de acá con las zapatillas gringas. La de la caja inhaló hartó aire, como recalando lo mucho que la molesto. Después de unos tecleos, volvió a pasar las zapatillas y batiendo esas gruesas pestañas postizas, me dijo:

—Veintidos mil nueve noventa ¿Con débito, de nuevo?
Veintidos mil nueve noventa. Veintidos mil nueve noventa. Veintidos mil nueve noventa. El número quedó ahí, odioso y celoso, buscando mil otras maneras de cómo podría gastarme esa plata. Lo veía enorme, un número que se plasmaría en la cara de mi mamá y no desaparecería hasta la próxima quincena, recordándome lo pendeja e irresponsable que era. Podría darle un regalito, algo más que una carta culia penca y un berlin de la esquina, podría comprarle un perfume, alguna crema, o por último un chalequito bonito.

—Sí, porfa —respondí, tan automáticamente que me asusté y me llegué a cuestionar si realmente lo hice o solo ocurrió en mi cabeza.

Ella asintió con desgano y me pasó la maquinita, yo tomé la tarjeta y la volví a deslizar, lento, lento. ¿Qué hago si no da? ¿Le digo que me las guarde y después yo vengo con la plata? No, no, nica me cree, bueno, ni que fuera verdad, pero no quiero pasar vergüenza po weón.

¿Cuánta gente hay atrás? Cuatro, cinco, chucha... Más de siete, ¿me decís que toda esa gente escuchó que no tengo plata? ¿Y si no da? ¿Cómo voy a pasar delante de

toda esa gente sin nada, cuando justamente aquí se jactan de esa misma wea? Me van a mirar con pena, una pena tirá pa risa, porque siendo sinceros, se van a sentir bien con esa wea, van a mirar sus próximas reliquias, luego a mis zapatillas viejas y mágicamente se les multiplicó el afecto, casi están pagando poco. Salir de acá sin comprar nada es casi como salir desnuda, la boleta es el único justificante para salir con la cabeza en alto, cuando te toque abandonar las baldosas limpietas del mall y comiences a caminar por las veredas agujereadas y terrosas de Independencia. ¡YA! ¡PAREN! ¡Dejen de mirarme, weón! Estaré de espaldas, pero siento bien clavados sus suspiros en mi nuca.

«Esperando...»

Conchetumare, apúrate, por último para irme rápido. Quisiera no haber entrado aquí, quisiera no haber visto a la Maura con sus zapatillas nuevas, quisiera no haber confiado en que mi vieja mi iba a depositar más de 10 lucas, quisiera no existieran esas malditas converse neg-

Límite excedido

Sofía Flores Villalobos





Una mujer no borrada

Hoy me di cuenta de que si tatuará en mi piel el nombre de cada mujer muerta, me faltaría cuerpo para llenar de línea fina, letra Calibri, tamaño 11 y mucha tinta. Podría quizás, ajustarle el interlineado, disminuir el tamaño, ajustar los bordes, y, aun así, no alcanzaría. Así que, decidí tomar mi tinta y mis letras y reescribirles su historia, darles un final feliz, un último suspiro acompañado y no una lucha en soledad, no un anhelo de que alguien las vaya a encontrar y las salve. Porque eso ya no pasó.

Así que tomo mi verborrea y comienzo con mi mano derecha a redactar bajo fuentes predeterminadas, que había una vez en una ciudad no muy lejana, en un pueblo no abandonado, una mujer no maltratada; había una vez en una casa no hecha de barro, con una familia no desintegrada, una niña que no salía de la normalidad, ni de la regla, de lo moralmente establecido, era una no niña que después fue una no mujer, a quien no se le negó amar a quien quisiera ni se le persiguió por no aceptar los insultos, porque a ella no se le insultaba, no se le odiaba.

En este pueblo no muy lejano, a ella no la encontraron, no la ataron, no la raptaron, no la violaron ni la torturaron. En esa casa de no barro a ella no la mataron, ella no estuvo sola por días ni tampoco murió en el frío suelo, esperando, suplicando, que alguien por favor escuchara a su familia, que ella no estaba perdida.

En este pueblo no muy lejano, no la siguieron durante semanas, no la golpearon hasta la muerte ni dejaron su cuerpo tirado, desangrándose de a poco en la esquina de Irene Morales con Merced.

Ella no fue Mónica ni Nicole. Ni María Pía, ni Susana. En esta historia, ella fue feliz, a ella la dejarían vivir como quisiera, amar a la mujer que ella eligiera, probablemente, años después, habría viajado e ido a vivir a otra ciudad, habría escapado de esa no violencia que no le ejercían monstruos en su hogar natal. Si esta hubiera sido una historia escrita por mí, ella tendría

un final feliz, una cama tibia por las noches, sería una mujer amada por las mañanas, tendría una familia legal, tendría derecho a hablar.

y a salir

y a bailar

y se podría vestir como quisiera

y nada de eso sería razón para asesinarla.

Pero por mucho que yo quiera escribir una nueva historia y usar mi tinta para darle vida a su cuerpo mutilado y enterrado, sería solamente escribir en vano. Porque su historia ya está contada, en las calles exigiendo esa justicia que sus narradores le han negado.

Los personajes secundarios de esta historia salieron de los textos para proteger a su protagonista, negaron al autor el final esperado y comenzaron a tejer una saga completa de cómo fueron censurados.

Los personajes de esta historia están caminando por veredas teñidas de rojo, bañadas en sangre, que es la única manera en la que la editorial permite publicar libros.

En esta historia cada letra se tuvo que borrar de las paginas, para reagruparse en lienzos, carteles, denuncias, y voces vueltas gritos desesperados.

Esta historia es best-seller, porque, aunque a nadie le gusta, se sigue vendiendo a diario, en copias masivas y sin cuidado.

Esta es la historia llamada *“como una no mujer no fue borrada”*.

Isidora Urriola Vidal



Cápsula de Crisis

No la pensamos mucho; entramos. Un grupo en la mañana había revisado las bodegas del patio de comidas y como era de esperar, no encontraron mucho: pisos limpios con muchísimo olor a cloro y algunos restos de sangre y huellas de un rojo pálido traslúcido que de seguro olvidaron, pero de todos modos nos otorgamos la misión de asegurar que no hubiera nada más.

Habría sido la PDI. Habrían agarrado a varias personas y habrían cargado años de injusticias nuevamente sobre sangre inocente. Habría escapado uno de ellos corriendo con el aire nocturno golpeando su cuerpo desnudo con los ratis detrás amenazando, saltando la reja, enterrándose la reja, rajándose la pierna, cayendo al piso, suplicando ayuda a la calle, siendo atendido por vecinos que pudieron haber sido él, siendo llevado al Sapu ensangrentado y, por último, siendo corrida la voz: en el patio de comidas del mall de Quilicura y sus bodegas, estaban torturando.

El centro comercial se dividía en dos sectores y aunque las llamas parecían contradictorias a los hechos, se evitó quemar la zona de indicio que quedaba al final del paseo que dividía el mall. Pasando las rejas era un infierno, el aire era aún más denso y sofocante que en la calle, el oxígeno gritaba de dolor al convertirse en dióxido de carbono, el piso se cubría por intermitentes escombros y charcos de agua caída de los sensores de humo y cada paso potenciaba el aullido de las alarmas que se mezclaban con nuestra respiración adrenalínica en medio de la nebulosa gris. Todo era un destello. *“¿Revisamos acá?”, “Sí, demosle”, Sillas tiradas o rotas, mesas dadas vuelta, agua, locales cerrados y otros abiertos a la mala. “Hay que ir pa’ atrás a las bodegas, aquí no hay ni una wea”.*

Media vuelta corriendo y ya definitivamente nos adentramos casi a una película de acción, pero con la diferencia de que no cachábamos de artes marciales, no teníamos armas y sabíamos que, si en algún momento llegaban los pacos o los milicos, estábamos cagados porque no luchábamos contra un enemigo ficticio. *“Por acá”, “No, no, por aquí”, “Ya, vamos” “Hermano, ¿qué es esa wea?, ah, una caja de hamburguesas”.* Diálogos como gritos ensordecidos entre las sirenas y alarmas que vibraban en nuestros tímpanos, pisadas estruendosas con el agua, mercadería tirada, paredes blancas, baldosas blancas con barro, cajas de electricidad, luces rojas y verdes parpadeando, un extintor tirado, un pasillo angosto, otro pasillo menos angosto, una intersección con tres pasillos más, una bodega chica, una salida al Savory, otra al KFC, el mismo pasillo angosto, cajas tiradas, respiraciones desesperadas y sobrecargadas con el voltaje de las cajas metálicas, miedo y valentía, un baño, el mismo pasillo angosto, una salida hacia el final, otra caja de electricidad, interruptores descubiertos, el mismo pasillo, más luces, pulmones aprisionados en las costillas, pasos perdidos en un laberinto de fantasmas que no encontrábamos.

“¡Conchetumare, no sé pa dónde podemos ir, van a llegar los pacos y no podemos estar más acorralaos!”. Un segundo congelado en las pupilas. *“Por acá”*. Una bodega abierta con insumos revueltos. *“Revisa ahí, yo veo que hay allá”*... *“No hay nada”*. El único indicio era que alguien más había revuelto antes. *“Ya filo... ¿y eso?”* *“No la puedo abrir, ¡ayúdame!”* La chapa con llave, el cuerpo de mi amigo contra la madera, luego el mío, una patada, las alarmas sonando, las luces parpadeando, los pasillos revolviéndose, el cuerpo de nuevo, disparos jadeantes desde la laringe, otra patada, otro cuerpo, otro estruendo sumado a la banda sonora del caos y a su métrica indescifrable. *“Está imposible”*. La fuerza ya era poca y la angustia demasiada. *“... Ya, sí, salgamos”*.

Salimos del sofoco del laberinto para respirar la frescura del humo, oír los cortes en el viento de un helicóptero, sentir el calor cerca y los cacerolazos a lo lejos. No podíamos volver a la calle con las manos vacías, así que repasamos fugazmente el mall y rescata- mos una pieza de cocina industrial para hacerla parte de la lucha y para que, sumida en el fuego, se olvidara de las vejaciones de la noche. *“¿Cuánto pesará esta weá?”*. Nuestros músculos eran alimentados por la adrenalina y nuestros pasos sostenidos por el piso humedecido. *“Vamos por ahí”*, y como si el alma mercantil que invadimos nos escuchara, parte de su estructura cayó a nuestro paso; un techo y un letrero estruendosos contra el piso que ahora ardía en llamas, cortando el paso directo, aprisionando la voluntad de li- brar nuestros cuerpos del ahogo y el mareo, tratando de inmortalizar nuestra existencia junto a los gritos que penarían por siempre a aquellas instalaciones gélidas y sombrías hechas a la medida de las almas de sus negros.

¿Qué hacía ahí en medio del caos? Hace tres meses ante una acusación así con suerte habría compartido una publicación en instagram durante el break de la pega que me busqué para capear el paro. Es que me politicé bien temprano y así mismo me desencanté. Además, la política universitaria es tan buena para pegarse balazos en los pies que con el tiempo uno se convence de que intentar detener su hemorragia ciega es un desgaste innecesario. Pero Chile no era el mismo de hace tres meses y yo ni nadie tampoco; esta vez si valía la pena, si podría funcionar; así que estaba ahí, junto a las capuchas que antes desestimaba. Quizá por culpa, quizá por ego, quizá por adrenalina; pero ahí, perdiendo el sentido del tiempo, con mis neuronas vomitando por la falta de aliento.

No hubo diálogo, nuestras cuerdas vocales arrancaron asfixiadas antes que nosotros y nuestros ojos recubiertos de cataratas volcánicas decidieron por dónde caminar. *“Ya... botémosla... un... rato”*. Un eco más duro que nuestras pisadas huyendo de las llamas y nuestros cuerpos tomaban un último suspiro casi a la salida de las rejas del mall. Se es- clarecían las cacerolas retumbantes y los gritos vigorosos, se veían las barricadas y la gen- te tumultuosa, la calle y su carnaval negro con hambre de justicia se volvía a dibujar con cada uno de nuestros alientos, casi pintando un lienzo en nuestras memorias dispuestas a tomar la cocina nuevamente para salir al encuentro de los oprimidos, excepto porque esta vez ninguno de los dos habló ni se movió. *“¿A dónde creen que van?, cabros culiaos”*.

Carlos Cavieres Inostroza



La primera piedra

Había salido ese día con el miedo de no volver a casa. Era quizás ese mismo el miedo que embargaba a la mayoría en esa muchedumbre indómita que se juntaba ese día en las calles con la convicción y ese mal sabor en la boca de que los milicos estaban afuera matando gente porque nos rebelamos. Matando gente como lo contaban mis papás en sus historias de dictadura. Estaba pasando después de años de estar dormidos y todos sabíamos que esto no podía seguir así.

Recordaba el día que llegamos al hospital, mi papá, mi mamá y yo. Mi viejo estaba flaco, demacrado y sin poder pronunciar una palabra o moverse. Pensaba que era claro que necesitaba atención rápido. Estaba terminando cuarto medio y era no sé, sentido común quizás, saber cuando alguien estaba teniendo un infarto cerebral. Lo ingresamos a la lista de atención y nos tocó esperar. Yo tomaba la mano de mi papá que trataba de esbozar una sonrisa entre sus músculos paralizados y la mano de mi mamá que lloraba en silencio. Una imagen rota por la tristeza, todo en una camilla en el pasillo del hospital.

Mientras la gente cantaba a todo pulmón iban apareciendo pancartas en contra del gobierno actual y los últimos que han habido por todo el sufrimiento que nos habían generado. La vida poco digna que llevábamos aguantando y por el derecho de vivir en paz en plena Alameda con Ramón Corvalán. Pacos al frente, con guanacos, zorrillos y toda la parafernalia armamentística para disuadir a la multitud. Había ido a una que otra marcha antes, cuando estaba en el liceo y se podía sentir en el aire que había algo diferente en esta ocasión y es que la gente se mostraba irreverente, como si hubiesen dejado el miedo en la entrada de sus casas.

Habían pasado siete horas y aun no nos atendían, siete horas que parecían siete días. A ratos, mi papá se dormía y yo, un niño asustado fingiendo ser grande le hablaba de cualquier cosa para mantenerlo despierto. No podía llorar, no ahora me decía a mí mismo porque así era, tenía que estar bien

para mis viejos en esa situación de mierda. Había escuchado de las listas de espera en la tele y la imagen grabada de las señoras llorando a sus seres queridos me hacía temer lo peor.

Estábamos todos de manera pacífica en la marcha, pero nos cerraban el paso y como la gente quería seguir adelante en eso empezó a quedar la grande. Sentí el sonido del primer disparo y en cámara lenta vi cómo una lacrimógena cayó a tres metros de donde estaba y cómo se empezó a llenar de gas el lugar, sentí el ahogo, los ojos que me picaban, vi correr a la multitud, los más valientes que gritaban “¡no corran!” al resto. De un momento a otro llegué al lugar, estaba envuelto en el humo y el calor de las barricadas y vi como los integrantes se encapuchaban para darles cara a los pacos. El corazón en llamas me dio un vuelco dentro del pecho, al filo de una decisión. Acto seguido me saqué la polera que traía y me la amarré a la cabeza como nunca había hecho y me volví uno más en esa nueva multitud.

-¡Ayuda! ¡Que alguien me ayude!- resonaba en mi cabeza. Era yo gritando porque mi papá no respondía a lo que le decía, no reaccionaba, no despertaba. En ese mismo pasillo una enfermera le tomo el pulso y por su cara pude adivinar que no estaba bien. Se llevaron su camilla y se juntaron más personas a su alrededor con una máquina intentando reanimarlo, una, dos, tres veces sin éxito. Mi mamá estaba pálida, no podía creer lo que acababa de ocurrir. Mi papá, mi viejo querido había muerto en ese pasillo de ese hospital esperando atención.

Sentía la adrenalina de la primera línea, veía a la contraparte mucho más armada. El sudor me corría por la piel como un indicio externo de la sangre corriendo por mis venas. Sentía el infierno bajo mis pies. Que tire la primera piedra quien esté libre de pecado. A la mierda. Estoy seguro de que todos en este lugar tenemos más de una razón para sentir rabia contra este sistema demoledor. Y ahí nació mi pena, mi ira y también lancé la primera piedra.

Maira Escobar Rivera



Putá, maraca, pero nunca paca

No estábamos tan adelante, nos llegó directo en las piernas, mucho más intensa que cualquier cebolla. Ellos penetraron la nube calcando a Carlos Pinto en su espectáculo de humo, tirando sus estrategias tratando de barrernos, por detrás y por delante, como pala y escoba. Contra ese despliegue no aguantamos nada. No éramos el mito capucha, éramos un grupo de desconocidos que vivían con la rabia en la garganta, encontrábamos todo mal, y no teníamos cómo cambiarlo más que hacer un show, de los que paran la máquina del capital. Ellos lo sabían porque se tomaron su tiempo, o quizá se lo tomaron porque era rutinario reprimir a estudiantes.

Como haya sido, tuvieron que ver fuego para poder tener su impunidad y poder atacar. No les enseñaron a actuar sin ella.

No vi a la Sofía, no siguió la ruta de escape que teníamos. Sabía que no iba a contestar, pero la llamé para que apenas pudiera me dijera que estaba todo bien. Me fui corriendo por una plaza con el Camilo y la Victoria, también les tocaba en mi sede, les conocía hace apenas un día, teníamos tiempo para que empezara la prueba maldita.

Aunque por probabilidad en un buen escenario, significaba un ingreso tenso a la universidad, en el peor un año de caro preuniversitario, había que destruirla -y de paso a la siseadora, endogámica de turno encargada de educación- porque aún para mucha gente era un muro insuperable que les dejaría cicatrices por intentar saltarlo.

Es increíble cuánto les gustan los muros a los fachos, porque se desploman si les sigues la corriente y cubres tu camino con pétalos en honor al neoliberal, mientras das un discurso meritocrático.

Aún no sabía nada de la Sofía, seguía sin contestar, pero estaba en línea hace catorce minutos. Dudé sobre qué hacer, si ir a buscarla o seguir con el plan, o si ir a dar esa prueba maldita e intentar hacer un sabotaje interno. Me hice la coqueta porque lo combativa no quita lo maraca, les di de mi agua y en ese escenario de taquicardia y asfixia, me saqué la improvisada capucha que se caía cada par de minutos, y es que, en un acto de autodestrucción y ego, escogí la polera que me hacía ver más linde pero era la menos práctica.

La Sofía se fue a otra sede, a ver si nuestra disertación de revuelta funcionaba ahí, y se había juntado con el otro grupo, al que en la mesa de guerra -la junta de ayer en un parque cercano- le designaron varios colegios. No opiné nada ese día, estaba cómoda sujetando el brazo de la Sofía mientras veía cómo se orquestaba el complot, veía la espontaneidad de jóvenes con emoción en la boca, la Victoria siempre habla con emoción. Ese día sentí todo tan calmado,

sabíamos lo que podía pasar y teníamos miedo, pero solo era “funar la prueba culia”, una misión de un día en Chile flamable, una meta fácil para la generación experta en saltar torniquete.

Mi casa estaba casi cerca y tenía que cambiarme, les chiques esperaron en la plaza, había mucho limpiador suelto. No me daba cuenta de todos los colegios de la zona hasta que vi cómo los custodiaban. Caminé rápido y tenso, pasaban furgones con la puerta abierta y bastardos acorazados, mirando, buscando a quién empotrar contra el cemento.

Entré a mi pieza, me excusé diciendo que se me había olvidado el carnet, tapé a la fuerza el olor a lacri con perfume, cambié el negro subversivo por la camisa más aseñorada posible. Estaba en la hora, a punto de salir cuando vi por reflejo la tele, estaba destrozado el colegio que fue a funar la Sofía, estaba lleno de patrullas, como camiones de basura listos para pasar y desechar en un vertedero. Paré un taxi, pero no con el apuro de una película, sino con la desesperación de la prueba -la desesperación de alguien que vive-, la misma que noté cuando, antes de llegar a la esquina, me pararon dos estudiantes pidiendo compartir el auto.

Por fin les encontré en la plaza. Yo estaba colorada, no sé si fue el rubor de ir imparabile contra una prueba ofertada como inamovible o el rubor de que esperaban que llegara. Nos quedamos a esperar al grupo de la Sofía. La Victoria fue más precavida, ella llevó ropa de cambio y hasta sus argollas. El pasto estaba aún húmedo cuando me senté, pero no importaba, el pelo naranja del Camilo me distrajo, me gustaba mucho, lo toqué y sentí el mismo calor que da la barricada cuando le tiras algo. A pesar de que aún no salía bien el sol y estaba húmeda, tenía calor, y la Victoria se dio cuenta porque se acercó, desabotonó mi camisa, y empezó a bromear con que mi pantalón. Ya no era el único húmedo, el Camilo aprovechó y entre les dos se les ocurrieron mil chistes doble sentido, me encantó escucharlos de su parte, y obvio, les consentí.

Me levanté y me sacudieron el pasto, con el doble de rubor y con sus miradas fijas. Empecé a preocuparme por la Sofía, ya era la hora. Apareció su grupo, pero no ella, se había quedado ayudando a unos compas, dijeron. Revisé telegram, la Sofía me estaba hablando, en su sede se estaban llevando a todes, ella se escondió en los baños, funó, pero no podía salir, escuchaba cómo disparaban las lacrimógenas y perdigones, tenía miedo, pero igual estaba grabando cómo les pegaban, cómo barrieron entre chispazo y chispazo.

Teníamos que entrar, la fila era larga, estaba inundado de apoderados cuidando a sus hijes estudiantes de más estudiantes -como si el regimiento armado no bastara-. Mientras todes entraban, la Victoria y el Camilo estaban conmigo afuera. Mi rubor me empañó los ojos y respiración. La Sofía no aparecía. Los limpiadores andaban en su día de juego, quizás se la llevaron al basural, se la llevaron sola, sola cuando la pude acompañar, nos hubiéramos



podido defender, nos debimos cuidar, pudo haber estado bien, hubiéramos llegado a ver películas, hubiéramos hecho un preu juntas, pero estaríamos juntas, pero estaría.

Entre los dos me calmaron, dijeron que iba a estar bien, que teníamos que entrar, que no imaginara cosas.

Comenzó la funa interna, se escuchaban los gritos dentro, inspectores hacían la perfo de intentar calmar todo, mientras se les escapaba al final de cada frase que estaban de acuerdo, que en realidad solo lo hacían porque era su trabajo evitarlo, que no dejarían que nadie entrara. Se cerraban las puertas cuando la Sofía apareció con un grupo de capuchas, estaban súper bien tejidas, eran de colores y tenían trenzas.

Ya las había visto coreografiar antes, todo se iba a tensar más, así que tomé y entré a empujones a les chiques. Mucha inmundicia junta no les gusta a los limpiadores. Cuando las capuchas tiraron piedras y botellas con líquidos hediondos retrocedieron y detrás, los siguieron apoderados molestos. Teníamos que entrar y hacer lo planeado. Mi rubor volvió. También la humedad en los pantalones, pero no era el único, también les chiques. No teníamos pasto que culpar, pero sí una revuelta. En el patio del colegio otra vez me faltó el aire, pero ahora, de manera inofensiva -o casi-, los gritos y los besos me lo quitaban de la boca. Con diferente olor me perfumaban los labios, ya no había olor a cebollas. Ese grito habitual nunca me había poseído tanto, “puta, maraca, pero nunca paca”.

Oscar Torres



Estrellas desaparecidas

1

Eran las diez de la noche y nadie hablaba en la casa. Empezaba el toque de queda y su hermano aún no regresaba. Elías, sentado en el sillón que daba a la ventana de la calle, miraba a su abuela y a su madre hacer comida calladas.

Golpearon la puerta con fuerza y todos contuvieron el aliento, dejando de mirar sus platos. Elías de inmediato fue a abrirla. Del otro lado estaban Pedro, un conocido de su hermano y don Segundo, un amigo de su abuela: ambos con expresiones lúgubres y desoladas.

- A tu hermano se lo llevaron detenido- dijo Pedro mirándolo a los ojos. La siguiente parte fue vacilante, casi como si no quisiera decirlo: no fueron los pacos.

Su abuela comenzó a llorar, su madre la abrazó con fuerza: Elías, con la sangre corriendo frenética dentro de sí, miró, sin mirar, las lágrimas de las mujeres más importantes de su vida. La imagen de su padre en la mesilla de la esquina parecía iluminarse mientras él se separaba de la realidad.

2

-La luna nos está sonriendo, sonríele de vuelta.

-Oye pásame los papelillos.

-Toma aquí...

- La luna nos sonríe cada mes... no sé cómo lo vai a hacer en la capital sin luna.

- En Santiago hay luna.

- Elías, en Santiago no hay cielo.

- Estoy bien seguro de que sí.

- Filo... te vas a quemar las pestañas en tu lujosa u y no vai a tener tiempo de mirar pah arriba.

- Quiero creer que sí... sino estudiar astronomía será demasiado fome que querré morir.

- Cuando estés en Paranal trabajando tienes que dejarme drogarme con esas estrellas.

- Obvio.. obvio...

- ... No sé qué voy a hacer sin ti...

- Vai a tener tiempo para pensarlo.

- Quiero creer que sí... el aweonao de Nico se va a meter a los milicos... puto traidor...
- No es algo en lo que tengas que pensar...
- ¡Obvio que sí! perros del estado... jugando a sus guerras de mentira...
- Trata de no pelear tanto cuando me vaya.
- No te lo puedo prometer.
- Creo que voy a extrañar las estrellas fugaces...
- Obvio.
- ... y a ti...

3

Don Segundo fue el que los calmó y les explicó la situación: “Nanita, se lo llevaron los milicos: lo vimos todos, cerca de la Chimba, se lo llevaron con otro montón de cabros. Los pacos ni se metieron, pero qué iban a hacer. Pero no te preocupes, un aweonao es sobrino mío, perro traidor, y le dijo a la Juana donde... donde los tiraron... no llores mujer, son puros pelaos jóvenes, no saen que es hacer. Dijeron algo del camino a Mejillones. Tranquila Nanita, tomo al Eli y nos vamos a buscarlos... estos nuevos milicos son weones: ya te lo digo yo.”

La vía láctea se veía especialmente luminosa en el desierto: probablemente por la falta de contaminación lumínica.

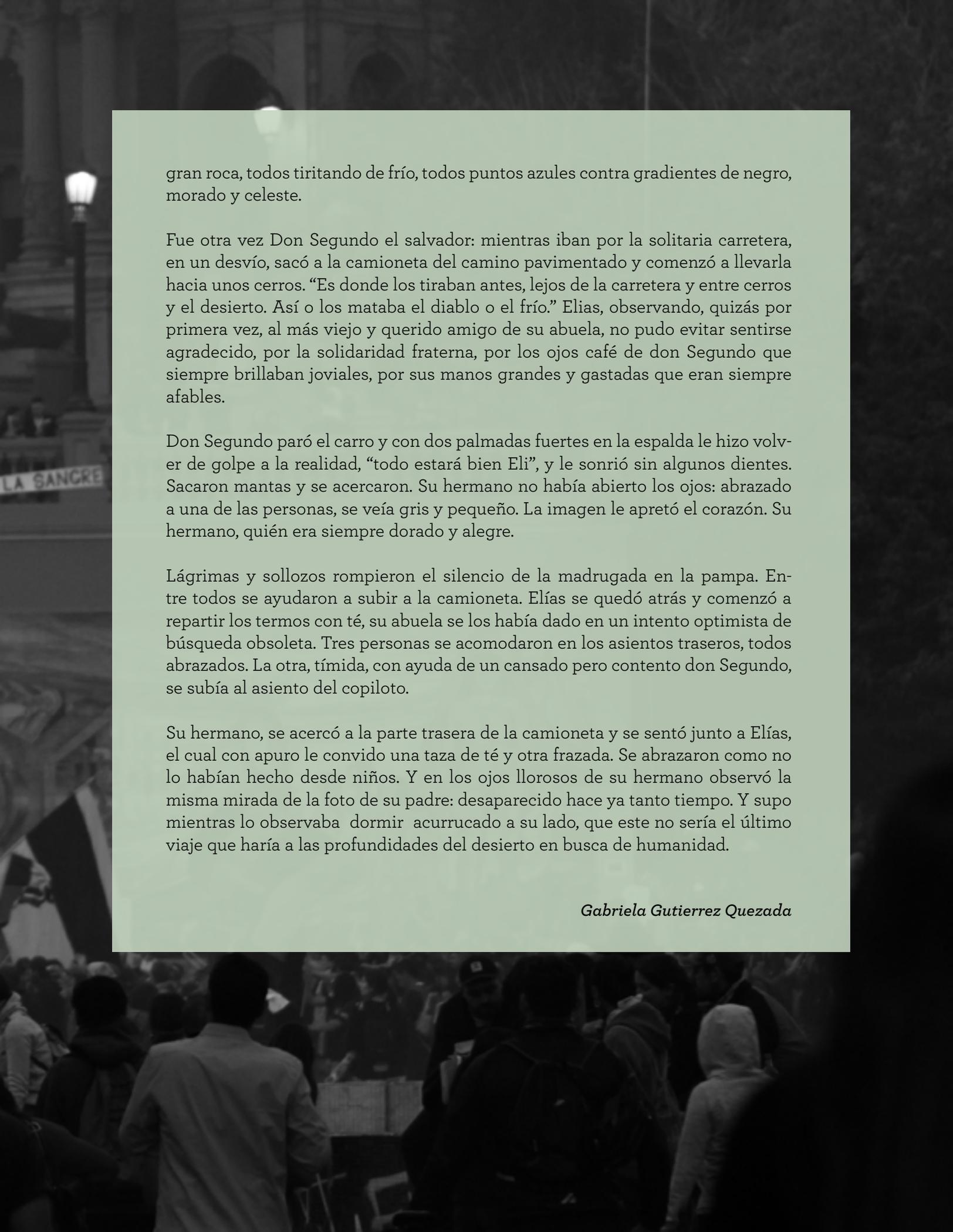
La camioneta de don Segundo era vieja y mientras pasaba sobre la tierra sonaba como si se fuera a desarmar.

Eliás miraba la luna sonriente en el cielo y pensaba en su hermano mayor: “¿ves como la luna te sonríe? Anda, anda a sonreírle de vuelta.”

Intentó sonreír al cielo, pero el peso de la noche y el frío de la pampa le impedían moverse. A pesar de que había sido su hogar toda la vida, la pampa le parecía un infinito de nada que se extendía hasta la eternidad, para luego juntarse con la mar y volverse un azul quieto. No había nada, solo tierra, mar y oscuridad. Los cerros daban distintos contrastes de negro que parecían resaltar las miles de estrellas que se veían en el firmamento andino, era atterradoramente hermoso y Eliás por primera vez en su vida sintió el peso de la muerte en el desierto: en soledad, en oscuridad y con un frío tan profundo que paraba tu corazón.

4

Para cuando encontraron a su hermano eran las 4:25 de la madrugada del 24 de octubre del 2019, junto a otras 4 personas, todos acurrucados a la sombra de una



gran roca, todos tiritando de frío, todos puntos azules contra gradientes de negro, morado y celeste.

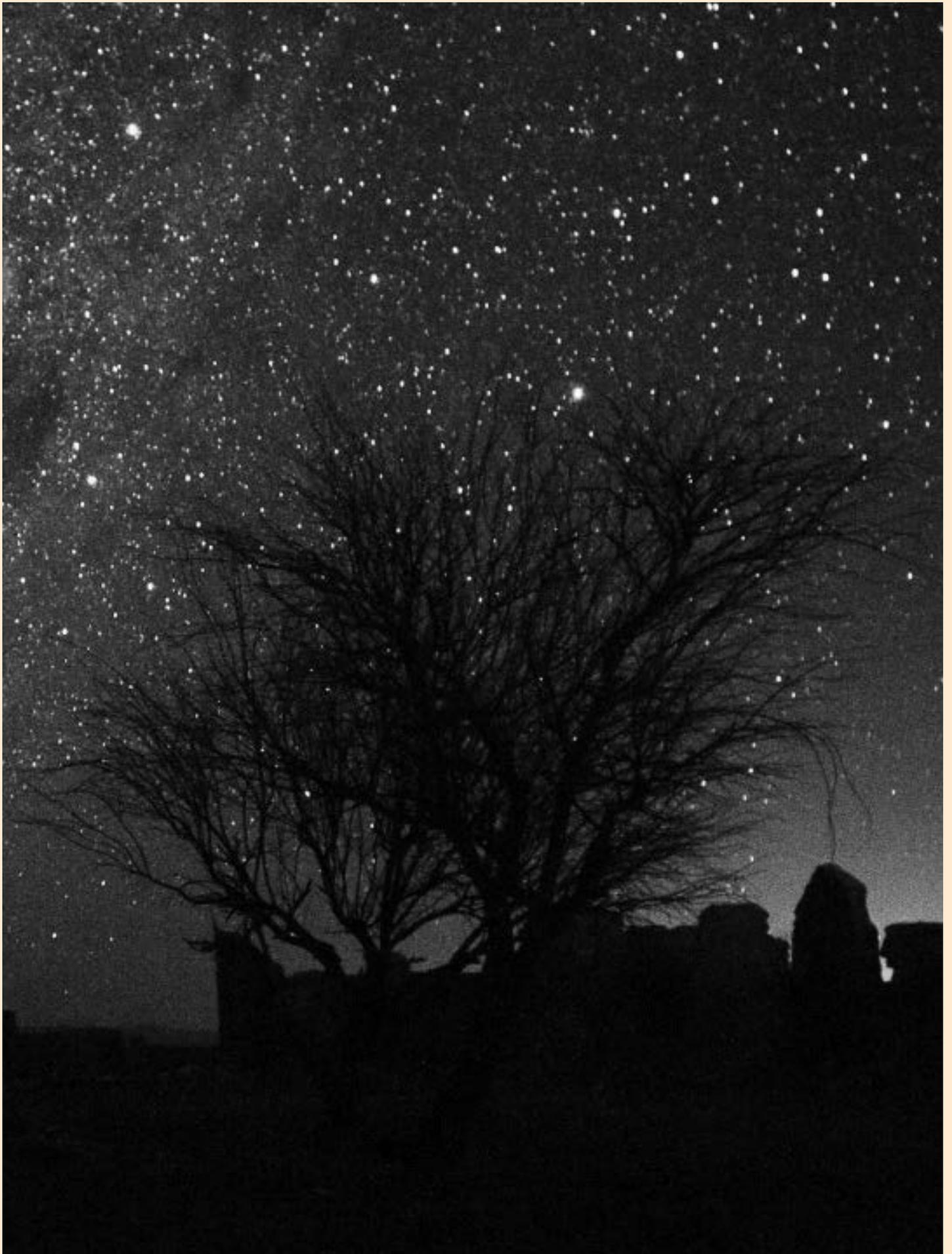
Fue otra vez Don Segundo el salvador: mientras iban por la solitaria carretera, en un desvío, sacó a la camioneta del camino pavimentado y comenzó a llevarla hacia unos cerros. “Es donde los tiraban antes, lejos de la carretera y entre cerros y el desierto. Así o los mataba el diablo o el frío.” Elias, observando, quizás por primera vez, al más viejo y querido amigo de su abuela, no pudo evitar sentirse agradecido, por la solidaridad fraterna, por los ojos café de don Segundo que siempre brillaban joviales, por sus manos grandes y gastadas que eran siempre afables.

Don Segundo paró el carro y con dos palmadas fuertes en la espalda le hizo volver de golpe a la realidad, “todo estará bien Eli”, y le sonrió sin algunos dientes. Sacaron mantas y se acercaron. Su hermano no había abierto los ojos: abrazado a una de las personas, se veía gris y pequeño. La imagen le apretó el corazón. Su hermano, quién era siempre dorado y alegre.

Lágrimas y sollozos rompieron el silencio de la madrugada en la pampa. Entre todos se ayudaron a subir a la camioneta. Elías se quedó atrás y comenzó a repartir los termos con té, su abuela se los había dado en un intento optimista de búsqueda obsoleta. Tres personas se acomodaron en los asientos traseros, todos abrazados. La otra, tímida, con ayuda de un cansado pero contento don Segundo, se subía al asiento del copiloto.

Su hermano, se acercó a la parte trasera de la camioneta y se sentó junto a Elías, el cual con apuro le convido una taza de té y otra frazada. Se abrazaron como no lo habían hecho desde niños. Y en los ojos llorosos de su hermano observó la misma mirada de la foto de su padre: desaparecido hace ya tanto tiempo. Y supo mientras lo observaba dormir acurrucado a su lado, que este no sería el último viaje que haría a las profundidades del desierto en busca de humanidad.

Gabriela Gutierrez Quezada



Cariño de quiltro

Con el Apolo siempre habíamos sido cobardes. Estábamos los dos tiritando, sentados en el terminal de buses de Valdivia con la cola metida entre las patas. Dos cachorros huachos de la capital que llegaron con la promesa sacada de un recuerdo sobre una tierra de cuento de hadas. Nos habíamos bajado del bus hace una hora y la ciudad ya estaba dormida, con excepción de ese punto en constante movimiento. Estábamos los dos acurucados en un asiento dentro del edificio, mientras la gente pasaba acarreado sus bolsos y maletas en un frenesí perezoso a medida que sus buses iban entrando y saliendo. Contrario a ellos, el Apolo era todo lo que yo tenía y yo era todo lo que él tenía, a parte de la mochila con lo único que alcancé a agarrar antes de mandarme a cambiar. Y así había sido desde el inicio sin darnos cuenta.

Me daba rabia y me daba pena verlo ahí, pequeño y cochino, porque entonces yo debía estar igual. Nos estábamos salvando la vida otra vez más sin saberlo, esta vez huyendo en un acto cobarde e irreversible. Estaba durmiendo tranquilito, buscando capear el frío con mi cercanía. Sus medios rulos estaban enredados y algo grises, parecía aun más quiltro.

El Apolo era como yo. Era un quiltro de pelo rubio y un poco crespo, medio chico en comparación con los perros callejeros. De cachorro, todos creían que era un labrador en miniatura y seguían por la calle al segundo que les contaba que sólo era otro más de esos quiltros que veías por todas partes. Era llorón, bueno para pelear y cobarde a morir, como cuando venía mi primo para las fiestas patrias y se metía debajo de la mesa para ladrarle.

El Apolo era como yo, no porque yo fuera rucia ni crespa ni chica (ya que era de pelo oscuro, liso y alta), sino porque los dos éramos quiltros que no lo parecíamos. Yo lo tenía todo para ser cuica menos la plata: la cara de gringa, el nombre impronunciable y la familia grande. El Apolo lo tenía todo para ser labrador menos el porte: el pelo dorado, las orejas caídas y el pelo liso (hasta que dejó de ser cachorro).

Éramos dos cabros chicos que querían que les hicieran cariño, pero no tenían a quién pedírselo, y ahora estábamos varados en la puerta de entrada de una casa que no conocíamos, pero nos parecía bonita. La nuestra era como un paradero de micro porque todos siempre iban y venían, se sentaban a esperar y luego partían. El Apolo era el único que siempre estaba y por eso me daba penita irme al liceo todos los días. Pero ahora me lo había traído conmigo y era como si me hubiese robado el letrero con los recorridos.

Yo tenía dos cosas claras en esta vida: la promesa que me dejó el invierno del 2016 en Valdivia, que fue la única vez que me separé del Apolo, y que nunca más me iba a separar de él. Una cosa contradecía a la otra, pero no por eso dejaban de ser dos certezas absolu-

tas en mi mente, dos dagas de hielo clavadas con vehemencia a las que se aferraban mis pensamientos durante los torbellinos de ansiedad y estrés.

¿Cómo me iba a ir sin el Apolo? No lo podía dejar tirado atrás para salvarme yo, nos teníamos que salvar los dos. Con el Apolo yo sobreviví a la media y conmigo él sobrevivió al estallido social. Nos salvamos la vida una y mil veces y por eso nos perdonamos nuestras traiciones: yo le perdonaba que quisiera más a mi mamá y él que yo le hiciera más cariño a los otros quiltros de la calle.

¿Cómo me iba a ir sin el Apolo? Mi paso por el liceo emblemático me había dejado cicatrices en carne y espíritu que sólo el Apolo había tratado de curar. En cuarto medio pasó el estallido y mis gritos se fusionaron con el eco del Apolo, quedando los dos aullando solos en un barrio habitado por poodles y chihuahuas.

Con la llegada de octubre la memoria resucitada del negro matapacos se convirtió en el máximo referente del quiltro chileno, y si los perros fueran igual de tóxicos que las personas, al Apolo lo habrían leseado tanto por no entrar en su canon de quiltro negro, fuerte y valiente, que habría acabado con depresión perruna. Éramos falsos extranjeros entre los nuestros, éramos pobres para los cuicos y cuicos para los pobres, no éramos ni chicha ni limonada pero estábamos bien porque nos teníamos el uno al otro.

Pero a la larga los dos éramos unos cachorros cobardes que ladraban escondidos y no éramos ni falderos ni quiltros. Así que apenas la toxicidad de las personas convirtió las velas frente a la casa en antorchas, y los ladridos de la noche en miradas indiscretas por las ventanas, hice lo primero que sabía hacer y me fui con la cola entre las patas soñando con esa ciudad donde podría encontrar a otros quiltros con los que el Apolo sí pudiera jugar y a los que yo ya no tuviera que ladrar.

Por Arinka P. H.



ARITMOMANÍA

En estos días en que abunda el pensamiento reflexivo, también atacan los fantasmas. Estando lejos la vida avanza distinto a otras veces y lo poco que hablamos por videollamadas no creo que sean el momento oportuno para contarte mi asunto y por eso lo hago por acá. Todo el problema empezó cuando era chica. La primera mala experiencia con las matemáticas la tuve en primero básico, resolver una suma de dos dígitos correspondía a la tarea para la casa, pero la respuesta surgió de mí a penas escribí la operación en el cuaderno.

“No, no, no, no, no” me dijo la tía Jessica. “Tarea para la casa, para la casa. No puedes hacerla ahora” Y me sacó la hoja sin siquiera evaluar lo que había hecho. Miré mi cuaderno y sentí una rabia como nunca antes. Levanté la vista y mis compañeras plasmaban en sus caras una mezcla entre sorpresa y vergüenza. Sentí mis mejillas encenderse y los ojos nublarse de a poquito mientras se llenaban de lágrimas. Cerré mi cuaderno y recuerdo que no hablé con nadie hasta el otro día.

Por culpa de eso, siento que la guata se me aprieta cada vez que se presenta una ocasión que comprometa números.

Números que intentan definir mi vida y me llevan al límite.

Números que parecieran ser los dueños de la existencia.

Horas en salas de espera de alguna urgencia, preguntas sobre mi peso y sus respectivos comentarios, el precio de los tratamientos, la cantidad de pastillas diarias para poder hacer llevadera la vida, la edad como un condicionante para la sabiduría...

Es probable que más de una vez me hayas descubierto poniendo los ojos en blanco después de ser interceptada por un displicente dos, parado frente a la reja con sus botas bien lustradas. Los dos, son falsos indicios de un futuro esplendor.

Ahora por ejemplo, pienso en esos estúpidos kilómetros entre tú y yo, que avanza el reloj y el calendario, y entretanto que cuento y cuento empiezo a sudar. Y me veo sola, sola entre cifras infinitas. En las noches, antes de dormir, miro el techo blanco y poroso, y trato de no pestañear porque entre cada parpadeo aparece algún número en un rincón de mi pieza. Incluso ahora mientras te escribo, se asoma a ratos un cinco solitario por el pasillo, como si fuese el asesino serial de la terrorífica película de mi vida.

Bueno, la cosa es que hace un mes me compré un libro de numerología porque sentía que el asunto estaba escapando de mis manos, pero cada vez que intentaba leerlo terminaba estrangulada por algún cero o me intimidaba un filudo siete. Antes de ayer, después que hablamos,

saqué el libro del fondo del mueble donde lo había escondido de mi misma, aunque no sin antes sentir los intestinos enmarañarse. ¿Sabías que mi número raíz es el tres? También el tuyo. El tres no es tan malo después de todo, está al comienzo de una larga hilera de números sin permitir ir más allá. Significa idea, inteligencia y gracia. Al parecer tú eres mucho más tres que yo.

Ayer a ratos lo ojeaba, pero nunca estando sola porque en los números no se puede confiar. Cuando nos sentamos a tomar once, mi tío me vio con el famoso libro y se rio. Dijo que eran “puras hueás” y que pensaba que yo era más “vivita”. Podrás imaginar la cara que puse cuando lo escuché. Me sentí de nuevo expuesta como cuando iba en primero. Me acordé de la tía Jessica y me dio más rabia. Vomité un montón de frases que sentí salir desde las mismas entrañas revueltas. Le pregunté si su felicidad se resumía en ver como los numeritos subían en la aplicación del banco cuando llegaba fin de mes. Que si se creía tan “vivito”, me dijera por qué chucha esos mismos numeritos se transformaron en un no rotundo de una bata blanca que me destiñó la esperanza de que el cáncer culiao no me matara. Que me explicara el verdadero valor de la vida y dejara de cuestionar mi operada perspectiva.

Hoy a penas me levanté a almorzar, porque no tengo ganas de preguntas inquisitivas sobre mis ojos hinchados. Tengo harta pena de que no estés aquí conmigo. Miro el libro y lloro más. Siento ganas de rascarme las vísceras para quitarme los números que tengo atravesados.

Quiero despertar mañana y que desaparezcan los miedos exponenciales del último tiempo, contradecir a Fibonacci y decrecer la paranoia de mis traumas cansados. No volver a mirar niveles de encimas y hormonas escritas sobre un papel. No sentirme nunca más así de inferior, así que quieta. Que nunca más, nadie me mire con la cara de pervertido que el cuatro observa directo el roce de la bastilla de la falda del dos contra sus piernas. No quiero volver a ser un uno observado despectivamente por un diez, que no entiende que la conformación de ambos es la misma y la diferencia radica únicamente en su ubicación alrededor del cero. Quiero sacarme las costras de la pobreza y sangrar sobre números enteros, decimales, primos, positivos y negativos.

Espero que pronto termine todo esto porque la falta de caricias se asemeja a la infinitud de un ocho, con sus dos círculos mirando fijo. Irracionalmente busco tus diez dedos por las noches, y falta que me descuide un segundo para que en esa búsqueda aparezca un perspicaz nueve sobre las cuatro patas de mi cama, haciéndose pasar por ti.

Ven a verme a penas puedas porque este problema se está poniendo cada vez más grave.

Danitza Jofré Almarza



Chile

Otra vez tocan la puerta de madera en la copia feliz del Edén. Un par de ojos se posan sobre ella y sostienen la esperanza en el tiempo que demora en abrirse. Una vez más no era fruta del Palacio. Una vez más eran manos vacías que llenaban el plato de arcilla con nada. De vez en cuando, una lágrima cae en el plato de arcilla repleto de nada que llenaron las manos vacías. Entonces, el niño espera que las ganas sean suficientes para transformarlas en sopa.

La niña se pierde en las gotas que caen del techo. La madre le dijo a la niña que a veces el cielo cambia de piel. Que a veces se rompe y se cae a pedazos para regarlo todo y volver a levantarse con el sol del día siguiente. Que el niño, que la niña, son semillas que han de florecer con el agua de lluvia. ¿Pero cómo la niña le iba a creer? Si perdió la cuenta de las veces en que la madre de manos vacías llegó rota, cayéndose a pedazos, e incluso en los días de sol, no se pudo levantar.

El niño tiene hambre y a puras balas lo han callado. Lloro con la pena que nace, que baja como las gotas del techo inundándole el cuerpo, y que sube como el fuego a sus piernas malnutridas, y a su tronco helado. Este niño, que también es niña, también tiene frío.

Tiene hambre porque solo restos le han tocado, y se pregunta por qué la tierra donde nació le está cortando los pies. Y se pregunta por qué la copia feliz del Edén le está negando el alimento. Tiene hambre, porque hasta las mentiras eran puro aire. Tiene hambre de comida, que es justicia, que es dignidad. Dignidad que es suya. Dignidad que le han quitado.

Tiene frío porque ha crecido entre paredes húmedas. Y le han contado historias del Palacio donde existe un hombre que come en platos de azules cristales, y da discursos de calores que nunca llegan a su puerta. Discursos que no conocen el frío de las casas con techos que gotean cuando el cielo llora. Discursos que son para todos, dicen, pero que solo resuenan en el balcón de los condes, el patio de la reina o la casa donde vive la Divina Providencia.

Y este niño, que también es niña, y que no es ninguno, que se ha criado en la tripa seca de la indignación, que lo ha intentado todo, pero ha quedado en nada, y que ha vivido desde siempre con sus pies descalzos, tiene hambre y también tiene frío. Y esta vez, va a comerse todo. Esta vez, va a quemarlo todo, y es que ha pasado años obligado a devorarse los engaños, mientras se arropaba entre sábanas perforadas. Han pasado años de pedir y esperar, de exigir y reprimir, de suplicar y rechazar. El niño tiene hambre, la niña tiene frío. Y esta vez, no va a pedir. Ahora le toca a él. Ahora le toca a ella.

Alguien debió cuidar mejor este jardín de espinas blancas, donde vienen a botar los platos rotos de azules cristales, que terminan enterrados en la sangre roja de niños con hambre y niñas con frío. Y ahora que las semillas de la copia feliz del Edén han germinado en rabia, de lejos se pueden escuchar los jardineros del Palacio. Han venido a cortar la maleza de raíz antes que no puedan con ella. Han venido a cuidar el sueño de los condes, la reina y la Divina Providencia, que nada saben de copias, ni de hambre, ni de frío.

Otra vez tocan la puerta de madera en la Villa San Francisco N°4 de la Pintana. Los ojos de José se posan sobre ella y sostienen la esperanza en el tiempo que demora en abrirse. Esta vez era una caja y sobre ella, "Alimentos para Chile". Esta vez eran manos cargadas que llenaban el plato de arcilla con algo. Esta vez iba a comer por dos semanas. Dos semanas seguidas.

Solo dos semanas seguidas sin hambre.

Liam Fang



Agradecimientos

Participaron en este número:

Alonso Alvarado

Len Aucañir

Carlos Cavieres Inostroza

Maira Escobar Rivera

Liam Fang

Sofía Flores Villalobos

Andrea González

Gabriela Gutiérrez Quezada

Juan Mafla Valencia

Carlos Maldonado Oviedo

Arinka P.H.

Óscar Torres

Isidora Urriola Vidal

Danitza Jofré Almarza

Ignacia Godoy

Dirección artística

Fabián Ortiz Jeldez

Recursos fotográficos e ilustraciones

Isidora Albornoz

Frente Fotográfico

Hyl0z

Saturnshoots

Agradecimientos especiales a Balmaceda Arte Joven por brindar un espacio único de expresión y creación, todos los semestres y años, sin importar las pandemias o las circunstancias.

Biografías

Alonso Alvarado

Me gustan los clichés: describir es limitar. He vivido cada cicatriz como un tatuaje producto de una buena historia y me he tatuado algunas cicatrices que amenazan con ser olvidadas. Hijo del esfuerzo y hermano de la lealtad y del amor. Amante de las aventuras y del vino bien conversado. Veo el temor a olvidar en ojos cercanos y percibo como mi rostro se vuelve pixeles que el viento amenaza con llevar.

Maira Escobar Rivera

Pisciana, hipermétrope, fan de los libros y los poemas, autoexiliada al sur. Me gusta andar de cabeza, la guitarra y a veces escribir. Introvertida pero con mucho que decir.

Sofía Flores Villalobos

Mis ojos se cierran hasta que los obligan a abrirse, sueño tanto que despierto cansada y sin ganas de salir de la cama. Dieciséis años caminando lentito, calmadamente y sin apuros, he sido superada muchas veces, pero si el destino es el mismo, cada uno puede ir a su ritmo. Me gustan las cosas simples, el cafecito de la mañana, el porro de la tarde y la píldora del adormecimiento por la noche.

Carlos Cavieres Inostroza

Me gusta escribir, pero soy pésimo lector. Me ordeno, pero igual soy una caja de sorpresas, un sinfín de contradicciones: principalmente, un invierno oculto en la mirada, una primavera eterna en el corazón.

Len Aucañir

Me presento, me llamo Len, mapurbe, género fluido, mis pronombres son él/elle o viceversa. Soy darks. Me pego la performance intensa de híbrido entre artista—escritore, siendo una persona con diversidad funcional y discapacidad

Liam Fang

Medio complicado, un cuarto fanático de la roncola y el resto por descubrir.

Andrea González

He estado en muchas partes y a la vez en ninguna, la primera porque tengo membresía en la biblioteca y la segunda porque el sistema capitalista no me deja.

Isidora Urrieta Vidal

Ser con mucha rabia vuelta protesta y mucha protesta vuelta alegría. Idealista, política y feminista. PD.: que muera piñera y no mi compañerx.

Arinka P.H.

18 años amando a los perros. Futura actriz y (quizás) escritora. Sureña que no vive en el sur. Amor eterno a Alicia en el país de las maravillas.

Danitza Jofré Almarza

Soy Piscis pero tuve Cáncer. Mi lucha comenzó cuando nací, pero no lo descubrí hasta que dormí tres días seguidos en una silla con un tumor que me anclaba. Me apasiona la vida y por eso escribo. Por mi, por ti, por todxs mis compañerxs.

Fito Torres

Lo que no tengo de señora lo tengo de maraca y disidente. Soy la encarnación de Lisa Simpsons quejándose por todo, la oposición absoluta a toda norma -sobre todo sexual- me parece muy necesaria. En tinder hay una mejor biografía y en grindr información más útil. “Me gusta el pico pero no en el ojo” - Naya fácil

Juan Mafía Valencia

Chontaduro con miel
- Sos importante -, afrocolombiano, autoexiliado en Chile. “Nadie puede llevar por encima de su corazón a nadie, ni hacerle mal en su persona aunque piense y diga diferente.”
¡UBUNTU!

Carlos Maldonado Oviedo

Hola. Soy resentido hasta la médula. Mis amigos dicen que soy huaso, pero en verdad sólo soy afuerino. Convivo con Alfí, Chica, Negra, Nubi, Chola, Proyecto sin título y algunxs humanxs. Si lxs niñxs son esponjas, yo sigo estrujándome.

Gabriela Gutiérrez Quezada

Muchacha de casa decente. Nortina, chilena y latinoamericana. Leo todo el tiempo y escribo de forma errática. Científica de corazón, cerebro de poeta.

Ignacia Godoy

La humilde profesora que fue testigo de los talentos de todes, reunidos en una publicación.





DEN JARDIN DEL EDEN

JARDIN DEL EDEN JARDIN DEL E

JARDIN DEL EDEN JARDIN DEL E

DEN JARDIN DEL EDEN J



BALMACEDA
ARTE JOVEN